

# EL FARO INVISIBLE DE ERRETERIA

Ricardo Salaverría Olaizola

— ¡Corre, corre! ¡Vamos a la alameda a ver cómo suben las olas por el río!

Eran olas de verdad, con cresta, panza y meseta, que iban a morir en la presita del puente de Santa Clara. ¡Subían una a una desde el mar en marea alta! Pequeñas olas siseantes, domesticadas por los muros y los pequeños puentes, que jamás llegarían a mojar los ventanillos del tranvía blanco ni obligarían a correr a los tranquilos paseantes de la carretera general. Olas, sin rompeolas.

El mar, tan cerca.

Ya me hubiera gustado entonces tener trato con un marinero, con un héroe.

En mis fantasías infantiles recorría con la mirada las aguas del río y rompiendo sus aguas oscuras con una proa imaginaria, cruzaba el remanso del puerto de Pasaia y salía al mar, a alta mar, como el marqués de Lafayette. Otro héroe.

Por si fuera poco, nuestra madre fomentó mis delirios marinos con una suposición: la ventanita de la primera casa de la calle Santa María, esquina a Sanchoenea y Viteri, ¡era un faro!

Realmente mi madre, que me perdone el cielo, lo que dijo fue que cuando mi abuela era niña, la actual calle Viteri era aún ¡marisma! Lo que yo necesitaba para levantar un pequeño faro en la esquina de nuestra calle.

Me dejaron por imposible.

Además yo creía en todo lo que me decían los mayores. Los mayores no mienten, pensaba entonces. Hasta que un buen día llegué a casa asegurando, todo conven-

cido, que un delantero del Athletic de Bilbao medía ¡tres metros de altura! Lo había escuchado en la peluquería de Isaac, donde me tomaron el pelo en todos los sentidos por lo que se deduce. Era una broma, pero me la creí. ¡Cómo me zarandearon en casa, por memo, mientras se reían de mí! ¡Tres metros!

Sigo igual de inocente y simple. No tengo arreglo. ¡Qué le vamos a hacer!

Aunque no sé nadar y por ello he estado a punto de ahogarme en dos ocasiones, ¡qué vergüenza!, y el mar me asusta y me marea..., admiro el ancho mar desde la costa a diario y saludo por la calle a los marineros-héroes.

\* \* \*

Hace poco, una fría mañana de invierno, un hombre, que aguardaba de avanzadilla en el vestíbulo del ambulatorio de la Magdalena, en Iztieta —otra marisma—, desde antes de la ocho de la mañana, me recomendó amistosamente que no apoyara mi maletín de visitador médico en el rusiente radiador de una de las paredes del consultorio.

— No sea que se ablanden las medicinas que lleva usted en el maletín de trabajo.

— Gracias por el aviso, hombre. El radiador está más que templadito, ya lo creo, y hoy se agradece. Pero no llevo muestras de spositorios ni de jarabes.

Era un hombre de cara afable y tras sus gafas brillaba una mirada sonriente. Su tez yodada denotaba a un marinero, seguro, a un héroe. Un marinero pensionista que había madrugado para recoger una redada de medicamentos.

– Sí, –le comenté–. Hay que andar con cuidado con los supositorios. Son muy delicados. Desaconsejan enviarlos, ni siquiera por caridad, a los países del sur de Asia, a África en general, debido a que el calor podría derretir en un santiamén la grasa de los supositorios. Tiene usted razón.

– Conozco, conozco esos calores. Hemos solido pescar en Guinea, Sierra Leona, Costa de Marfil, Abidján,... Un día y otro la temperatura ambiente no bajaba de cuarenta grados en aquellas tierras. Anduvimos durante años a la pesca por aquellos mares perdidos de África... Ginen: hiru errenteriarak, hamar pasaitar, beste hamar bat hondarribiarrak eta, para rematar, gallego kiskilloso-erretxin bat eta bi beltzak ere.

Curiosamente, el marinero jubilado siempre que se refería a cosas cercanas a esta tierra que pisamos se expresaba en euskera y para las referencias a mares y tierras lejanas, en castellano.



Quint BUCHHOLZ

– De nuestra zona de pesca hasta la arribada a las islas Canarias tardábamos unos veinte días... ¡Era un barco pequeño, claro! Orain gutxi arte, hor, Pasaiko portuan egonda.

– Zer arrantzatzen zenuten? Atuna, legatza,...?

– De todo un poco, entonces allí había mucha pesca. Ahora, los *barrenderos* no dejan nada para el vecino pequeño, ¡esquilman! Por aquellos mares faenan flotas rusas, japonesas, francesas,... con unas artes criminales y ¡unos barcos frigoríficos monstruos!

– ¡Qué desastre!

– Sí... ¡Qué desastre y qué pena! ¡Bentan, penagarria da!

El marinero quedó pensativo y triste. El previsible desgaste de los bancos de pesca por una sobreexplotación incontrolada era el asunto que ensombrecía su semblante. Como si viera derrumbarse ante sus ojos la empresa en la que se había afanado tantos días y noches, algo propio y compartido diariamente: su mar, su pesca.

Retomó el hilo de sus recuerdos:

– Teníamos dos negros a nuestro servicio para la limpieza del barco. En una ocasión, el médico del puerto canario donde atracábamos en nuestras costeras nos reprendió seriamente porque sospechó que alguno de nuestra tripulación robaba los medicamentos que él reponía y abastecía en el pequeño botiquín que llevábamos a bordo. “¿Nosotros para qué los queremos?”, le replicamos. “¡Si cuando hacen falta usted ya nos receta sin problemas!”. Así quedó la cosa hasta que, a los pocos días, vimos a uno de los negros que se arrastraba por la cubierta, dando tumbos hacia la borda, apoyándose donde podía. “¿Qué te pasa, Sirena?”, le preguntamos con cachondeo. Estaba hecho polvo y se iba por las patas abajo con ¡una diarrea! ¡Era el que se tragaba todas las pastillas que conseguía robar del botiquín! Casi se muere.

Y proseguía:

– Por aquellas tierras sí que hacía calor. Yo he visto caerse de un andamio al suelo, fulminado por una insolación, a uno de los que estaban pintando nuestro barco en el astillero. Aquello era fuego. La pintura se quemaba nada más tocar la chapa.

Me parecía estar leyendo una de las novelas marineras de Pío Baroja, de Conrad, de Raúl Guerra, de Stevenson, de Salgari... ¡Literatura viviente en el ambulatorio!

–... durante otra campaña, que coincidió con las fechas del Ramadán, vimos que uno de los negros de nuestra tripulación andaba a duras penas, débil y famélico a causa del ayuno. No tenía fuerzas ni para levantar un cubo de agua. Sin embargo, el otro, *Sirena*, se había recuperado de las diarreas y estaba hecho un toro. No entraba por esa puerta. Todos pensamos: “¡Este cabrón ahora se está papando las vitaminas del botiquín!” Pero no, el botiquín estaba intacto y tenía todos los candados en su sitio. “¡Tú, *Sirena*! ¿Qué? ¿Ayunas?”, le preguntamos. “Yo, no. No hacer ayuno. Mi hermano ser tonto. Yo comer de todo este mes, todo lo que puedo, dos raciones, mi ración y la de él... Yo no creer Ramadán”.

En ese momento del relato una enfermera del ambulatorio salió con un mazo de recetas y nombró al marinero para entregarle tres o cuatro, para él y para su mujer. Las recogió solícito y se dirigió hacia la puerta de salida. Nos despedimos con una cierta nostalgia: “¡Agur, ikusi arte!”.

Para mí fue como si cerrara las tapas de una novela a medio leer. El marinero, Jim, Shanti de Andía, Silver..., marchó hacia su casa por una de las calles anodinas del pueblo, en una mañana fría, ventosa, con luz de marzo, aromas de salitre, pequeñas olas en el río Oiartzun y, seguramente, con una posible novela entredicha.

En mi casa, por si acaso, no comenté nada sobre esta evocadora conversación.

\* \* \*

¿Y si yo hubiera imaginado de niño a una ballena agonizante subiendo por Goiko kalea-calle de Arriba para morir en un cementerio de cetáceos?

Me hubieran llamado “txotxolo”.

Sin embargo...

Poco antes de enviar estas líneas a la revista OARSO me comentan que tras el derribo de la primera casa de la calle Sancho-enea, esquina a Viteri, donde estaba la farmacia, han aparecido en el subsuelo unos restos de piedra arenisca que han merecido la visita de unos arqueólogos de la Sociedad Aranzadi.

– ¿Qué suponen que hubo ahí? ¿Algún calabozo, alguna bodega? – pregunto.

– ¡Qué va! Parece que son restos evidentes de ¡un faro! – me responden.

– O sea...

Que mi imaginación “desmedida” se equivocó solamente en unos siete metros de distancia en la hipotética, casi confirmada, ubicación del faro.

Que espero reunirme en alguna taberna con el marinero que fue guiado por los últimos destellos luminosos de ese misterioso faro invisible en su aproximación y ataque en Errentería, para charlar con él con unos tacos de queso y un porrón de vino como testigos.

– ¡Ogi gehiago, etxeoandre!